

Ulises criollo

Sergio Pitol

Debo haber tenido once o doce años cuando oí mencionar por primera vez el nombre de José Vasconcelos. Pasaba unas vacaciones en la ciudad de México en casa de una tía, hermana de mi padre, cuando en una ocasión tomé un libro que alguien había dejado en un sofá, y distraídamente comencé a hojearlo. Se trataba de *La tormenta*. Pasaba las páginas de manera mecánica sin mayor interés, casi por inercia, cuando apareció mi tía —su generosidad me había proporcionado desde el inicio las lecturas canónicas correspondientes a mis cambios de edad: cuentos de hadas, Verne, London, Stevenson, Dickens; me parece que en la época a la que me refero andábamos ya en Tolstoi— y pareció asombrarse al ver aquel volumen en mis manos. Como sin darle mayor importancia al asunto me sugirió cambiar de lectura, ese libro, dijo, trataba de asuntos demasiado complicados, y al no conocer aún bien la historia de México no lograría sino aburrirme. Agradecí su consejo. En casa me habían tratado de interesar en el voluminoso México a través de los siglos, donde, desde la inicial exposición de motivos, me sentí por entero perdido. Todo habría quedado en eso si por la noche, durante la cena, mi tía no hubiera referido aquel incidente, añadiendo alguna alusión misteriosa sobre mi precocidad. Comentó haberme encontrado embebido en uno de los pasajes más escabrosos del libro, lo que de haber sido cierto me había pasado por entero inadvertido. Ese pie de entrada dio lugar a una conversación acalorada. Un médico, amigo íntimo de la familia, manifestó estruendosamente su admiración por el Maestro y su repulsa a la inicua manera con que el país había pagado sus esfuerzos. Sus libros proclamaban no una sino muchas verdades que nadie había tenido el valor de pronunciar en México, y añadió que a él no le escan-

dalizaba, como a tantos hipocritones y mojigatos, que el Maestro –durante años oí siempre que cuando alguien mencionaba el nombre de Vasconcelos, anteponeía la palabra «Maestro», término que al instante se teñía de una pátina de grandeza y martirio– hubiera descrito en forma tan descarnada sus pasiones. El Maestro podía darse el lujo de hablar de sus amantes y de cualquier otra cosa como le diera su real gana. –Léelo, me dijo, no permitas que te oculten nada; léelo, te va a hacer bien. Vas a saber lo que es un hombre de verdad caído en medio de una bola de lacayos y pendejos. Luego la conversación se animó aún más con anécdotas sobre el personaje, su pasado, sus viajes, su campaña presidencial, su derrota y su fe en México, que la nación no supo apreciar.

Al regresar de vacaciones, encontré en casa el Ulises criollo y La tormenta. Libros que, me imagino, figuraban obligatoriamente en los libreros de la clase media ilustrada del país. Comenté la divertida discusión que había tenido lugar en México, y, para mi sorpresa, mi tío (mi tutor) no la encontró tan divertida. La mención de Vasconcelos imponía de inmediato un tono de respeto sombrío. Corroboró la extraordinaria calidad del personaje, la admiración que se le debía, y añadió que, en efecto, aún no estaba en edad de leer esos libros, no, sobre todo, La tormenta; había allí cuestiones personales de las que no tenía sentido enterarme. Por supuesto deduje que se trataba del tema de las amantes. Mi abuela pasaba buena parte de su tiempo refugiada en las novelas. Ella no compartía el criterio de lecturas progresivas en virtud de la edad; cualquiera de sus libros estaba a mi disposición. Si había leído la Nana de Zola y, en cambio, me era imposible asomarme a las páginas de La tormenta, eso debía significar que contendrían escenas verdaderamente apocalípticas. Tal vez se tratara de un libro parecido a los de Peral o de El Caballero Audaz, dos vulgarísimos pornógrafos de la época que un compañero de escuela había descubierto en el dormitorio de su hermano mayor, y que leíamos a escondidas con más desconcierto que regocijo.

Sólo tres o cuatro años más tarde, ya estudiante en Preparatoria, pude devorar –con pasión y deslumbramiento– aquellos dos primeros volúmenes autobiográficos, y más tarde, ya en la Universidad, continué con los dos restantes, pero entonces lo hice con interés más bien decaído y a menudo ganado por la exasperación y el disgusto. En ninguna parte tropecé con las escenas de alto riesgo que aguardaba. Para entonces, la figura de Vasconcelos me era bien conocida; había leído y oído comentarios nada entusiastas sobre él, algunos feroces, otros desganados; todos cargados de intención desacralizante. Por ejemplo, ya no se le llamaba Maestro, a menos que la palabra se cargara de un retintín de ironía o de desdén.

Al leer Ulises criollo y La tormenta me sentí galvanizado por la energía de su escritura. La lectura se convertía en una experiencia extraordinariamen-

te sensual. Vasconcelos en sus mejores momentos es un escritor de los sentidos. Su sensualidad penetra el lenguaje. Veía yo imágenes, sí, pero también compartía sabores de dulces y platillos deliciosos, percibía aromas que iban desde el sudor de los caballos en que se movía la tropa hasta el perfume de las mujeres lujosas evocadas en algunos pasajes. Me imagino que de haber leído a Mme. Blavatski, en ese período ávido de iniciaciones, no hubiese caído en trances tan intensos. Reconocía el temple heroico del personaje; pero, afortunadamente, se trataba de un héroe que en cada línea se negaba a la parálisis estatuaría. A menudo me perdía en los detalles. Conocía el período revolucionario sólo a grandes rasgos y la trepidante sucesión de acontecimientos y de personajes me mareaba. La historia de su amor apasionado, tumultuoso y desdichado por una tal Adriana no me resultaba de ninguna manera inusitada; cosas más o menos parecidas había leído con frecuencia en las novelas y otras peores había visto en el cine, al grado que pensaba que eso era lo normal, lo cotidiano, lo que tranquilamente tendríamos que pasar cuando llegásemos a la edad adecuada. Me parecía inconcebible que algunos lectores se escandalizaran ante determinados pasajes de su vida, porque, claro, entonces no lograba comprender, y sólo me fue posible hacerlo en una lectura muy posterior, hasta qué grado la historia personal que narraba Vasconcelos vulneraba el concepto tradicional del decoro mexicano. Que un hombre de su prestigio se pronunciara abiertamente contra el matrimonio, que abominara de la relación conyugal como institución, se gozara en la insoportabilidad de su esposa y prefiriera vivir durante varios años acompañado de una mujer con quien los extremos de exaltación, de pasión, de desprecio, odio y aún asco se atropellaban a cada momento, consciente de que esa mujer lo engañaba, a veces con amigos muy cercanos, y que, además, conociendo sus infidelidades saliera en su búsqueda para hacerla volver a su lado con ruegos y amenazas, y que después de insultarla, la tranquilizara, le preparara sus alimentos y le lavara la ropa, así como también que en su juventud se hubiese enamorado de una muchacha de la vida airada, y aceptara de ella dinero para pagar paseos y borracheras, en fin, que anduviera como loco por los desplantes de semejantes güilas y que como loco siguiera sus huellas por fondas y tabernas para en su momento implorar su perdón. Aquello que con tanta frecuencia podía uno ver en la pantalla o leer tranquilamente en una novela de cualquier nacionalidad y cualquier tiempo, un hombre mexicano, un caballero que era a la vez un macho, lo podía vivir —y eso sería lamentable, aunque no pasaba de ser su tragedia personal—, pero nunca confesarlo, y menos en letra de imprenta. El hecho de que quien mostrara al mundo intimidades tan lamentables, esa zona de penumbra, fuera un hombre que había conocido de muy cerca el olor a la pólvora, y ocupado posiciones públicas prominentes y fuera reconocido por los jóvenes del Continente como Maestro de América, significaba una transgresión a las formas difícilmente perdonable. La presión

social acabó por triunfar. En la última edición de las Memorias, publicada en vida del autor por una organización católica, Vasconcelos suprimió esos pasajes. Las familias pudieron dormir tranquilas.

En una lectura adolescente aquello carecía de significación, no existía. Lo deslumbrante, en cambio, era compartir de algún modo el destino de un hombre excepcional y su capacidad de aventura, un hombre nacido para no acatar órdenes que no hubiese aprobado previamente su conciencia, que había conocido la cárcel, la miseria, el triunfo, participado en conspiraciones y levantamientos, y, sobre todo, capaz de relatar las proezas y vicisitudes de su actividad política con la misma intensa aura mística con que hablaba de sus descubrimientos filosóficos y de sus raptos amorosos.

Me conmovía enterarme, por ejemplo, de que Vasconcelos había atravesado a caballo buena parte del país, acompañado por un minúsculo puñado de leales y una mujer, Adriana, su amante, que en aquellas circunstancias resultó peor que la más dañina plaga que imaginar fuera posible, aventurándose durante días y días por los más riesgosos senderos de la Sierra Madre, huyendo de sus enemigos, siempre al borde de sucumbir a una celada, hasta cruzar el río Bravo y saber que, por el momento, la vida estaba salvada, y encontrarlo casi de inmediato en la biblioteca de San Antonio, Texas, reuniendo materiales para su Estética, y muy poco después, en París, asistiendo al histórico estreno de La consagración de la primavera, de Stravinski. Tal era su vida y eso era lo que resultaba prodigioso, que conspirara un día a favor o en contra de Pancho Villa para en el capítulo siguiente saberlo estudiando a Plotino o a Pitágoras en Nueva York, o recorriendo las salas del Museo Metropolitano, después de repasar aplicadamente su Burckhardt para mejor comprender a los pintores italianos del Renacimiento. Los sobresaltos de México y las visiones del amplio mundo se alternan y sobreponen constantemente. La pasión sexual, la avidez intelectual y el propósito de transformar el país por medio del espíritu son las constantes del joven Vasconcelos. Otra, que abarca todas, es la noción de «gloria», que considera inmanente a su persona, la intuye desde la niñez, la prepara en la juventud y la defiende a como dé lugar en los momentos posteriores al desastre.

Mi primera lectura fue, desde luego, parcial; no podía ser de otra manera. Pero me dejó la impresión de haber entrado en contacto con un hombre de sorprendente originalidad y de visión múltiple. Otras lecturas han afinado, estilizado o modificado esa primera visión. No comparto la mayoría de las opiniones que Vasconcelos sustenta, pero, a pesar de ello, subsisten el asombro, la admiración, el reconocimiento a su valentía para enfrentarse al mundo y, sobre todo, su irreductibilidad a formar manada.

En 1956, enviado por el editor Rafael Giménez Siles, visité un par de veces a Vasconcelos en la Biblioteca México para consultarle ciertas dudas surgidas

en la corrección de planas del primer volumen de sus Obras completas que preparaba una de las tantas empresas editoriales de don Rafael; se me había encomendado el cuidado del volumen inicial. Se trataba, si mal no recuerdo, de unificar la grafía de algunos nombres propios que el autor empleaba de manera arbitraria. En ambas ocasiones me recibió en su despacho, acompañado del Embajador de la República Dominicana, muy amigo suyo, por lo que colegí de la conversación. Era Vasconcelos en esos años finales un hombre muy amable, muy sonriente, y al mismo tiempo muy distante. Parecía no interesarse mayormente en la suerte de esa edición que finalmente reuniría todos sus libros, algunos de ellos fuera de circulación desde hacía treinta o cuarenta años. Le señalé la conveniencia de unificar las distintas maneras en que había escrito algunos nombres geográficos o biográficos, y, sobre todo, la variable grafía en los nombres rusos y orientales, a veces copiados de alguna transcripción al inglés, otras al francés, así como evidentes errores de imprenta de las ediciones originales. Me pidió que le dejara las planas y la lista de posibles correcciones y que volviese un par de días después a recogerlas. Pasé a verlo por segunda vez y volví a encontrarlo conversando con el mismo diplomático. Se excusó por no haber podido revisar los papeles. Luego comenzó a examinar conmigo las planas y la lista que el corrector de pruebas había enviado. Ante cada una de las dudas se quedaba un momento pensativo, continuaba luego su interrumpida conversación con el embajador de Trujillo y al fin se dirigía a mí para darme su opinión; después de cinco o seis consultas sobre una lista relativamente larga, dijo que no tenía sentido preocuparse por semejantes minucias, que la editorial decidiera por él, que tenía plena confianza en Giménez Siles y que a fin de cuentas lo único que importaba era el pensamiento y no esas minúsculas quisquillas.

Había dejado desde hacía tiempo de admirarlo. Sus artículos en la prensa me parecían nefastos. Su defensa del franquismo, de los regímenes totalitarios de América Latina, su acercamiento a los sectores más reaccionarios del país, su antiindigenismo delirante, su antisemitismo, su desdén por la literatura moderna, todo eso predicado de manera machacona y sin gracia convertía su lectura en una empresa bastante fastidiosa. Sus libros filosóficos, de los que tanto se había vanagloriado, no interesaban ya a nadie; los de historia de México sólo convencían a los conservadores más recalcitrantes. Sus cuentos y meditaciones literarias habían envejecido. Los jóvenes le habían dado la espalda, al grado de que hasta sus libros de memorias pasaban en esa época por un período de oscura penitencia. Nada de eso parecía desalentarlo. Por el contrario, se gozaba en la pelea. Si durante un cuarto de siglo no había dejado de decir que el de México era un pueblo envilecido, y que todos los gobiernos de la Revolución posteriores a Madero habían estado integrados por ladrones y sinvergüenzas, para él era un reconocimiento el recibir los escupitajos que ese pueblo y ese puñado de pillos e incompetentes descargaban sobre su persona.

Parecería que fuera consciente del papel que representaba. Si la sociedad mexicana no lo había apoyado y seguía gozándose en su envilecimiento, si le había dado la espalda cuando él estuvo dispuesto a redimirla, si los políticos y sus secuaces lo consideraban como un payaso (término que parecía ofenderlo más que ninguno, pues lo repetía a menudo), él podía comportarse como le daba la gana, en demostración de lo que los políticos habían logrado hacer del país y hasta de él mismo. Si el mundo se había envilecido y desquiciado, si la razón se había extraviado, él jugaría un papel acorde con las circunstancias. El verdadero responsable no era el individuo sino el engranaje de corrupción que los gobiernos de la Revolución traicionada habían urdido.

Para comprender Ulises criollo, y los otros libros de memorias es necesario recordar algunas cosas. Vasconcelos inicia la escritura del primer volumen en 1931, dos años después de su derrota en las elecciones para la presidencia de la República. Nunca reconoció los resultados oficiales. Durante la campaña electoral él y sus partidarios fueron reiteradamente vejados y escarnecidos. Algunos vasconcelistas fueron asesinados; muchos otros, encarcelados. José Vasconcelos había sido la gran carta de prestigio nacional e internacional de la Revolución: el educador de la nación, el apóstol del libro, el pensador, y, por encima de todo, el creador de un auténtico y extraordinario Renacimiento Cultural en el país, esfuerzo donde se conjuntaron todos los dones y prestigios que el personaje poseía. Aun ahora, nuestra deuda con el movimiento de renovación cultural emprendido por él hace setenta años sigue siendo inmensa. La educación en todos los niveles y la difusión del libro se convirtieron en causa nacional durante ese período. «Los años del águila» los denominó Claude Fell en un libro excelente sobre ese período, utilizando una frase de exhortación del propio Vasconcelos a los maestros. Aunque inmenso, aquél fue el único triunfo en su vida política, y sus ambiciones en ese terreno eran enormes. Las tres veces que aspiró a un puesto de elección fue derrotado. Primero, como precandidato a una diputación en el período de Francisco Madero; después, en 1924, terminado apenas su brillante período en la Secretaría de Educación, como aspirante a gobernador del Estado de Oaxaca, y finalmente en 1929 como candidato a la presidencia de la República. Lo demás es de todos sabido: largos años de destierro, intentos iniciales e infructuosos para mantener desde el extranjero una presencia política en México, estancias largas en España, giras de conferencias por Sudamérica, invitación a los Estados Unidos, donde varias universidades le abrieron sus puertas. Paulatinamente, la política activa fue retrocediendo a un segundo plano y el espacio que esa preocupación dejó libre fue ocupado por la que él consideraba su vocación esencial: la filosofía. En ese período, al mismo tiempo que trabajaba en su Estética escribió los libros autobiográficos, a los que atribuía un carácter más bien utilitario. En ellos se defendía de la campaña de desprestigio orquestada por sus detractores, y, al mismo tiempo, pasaba a la ofensiva y combatía con

ferocidad a sus enemigos, a los de siempre y a los nuevos, aquellos que de repente habían cambiado de casaca. En el afán detractor cometió también injusticias por mero capricho, por desacuerdos meramente personales y aun por discrepancias estéticas.

Los años de desencanto, de frustraciones y rencores, los posteriores a la derrota electoral de 1929 cuentan determinantemente en la gestación y el contenido del relato que poco después emprendería de su vida. Al salir de México descubrió que su figura intelectual no tenía las dimensiones que él le atribuía, engañado por la soberbia convicción de su grandeza, la ciega devoción que le rendían sus discípulos y colaboradores más cercanos, y, también, por el elogio de intelectuales extranjeros invitados a México durante su gestión ministerial.

Su fuerte no era el diálogo, no lo había sido nunca. Uno de los pocos amigos de juventud que osó dialogar con él en el momento de sus grandes triunfos con la familiaridad de años atrás, cuando las legendarias reuniones del Ateneo de la Juventud, fue Alfonso Reyes, quien, en un breve período de correspondencia especialmente activa, se permitió aconsejarle: «...entretanto estoy en conversación contigo; estoy relejendo cosas tuyas, pues quiero empaparme de un golpe en todo lo que has publicado, antes de continuar con los estudios indostánicos. Debo hacerte dos advertencias que mi experiencia de lector me dicta: 1.^a, procura ser más claro en la definición de tus ideas filosóficas, a veces sólo hablas a medias. Ponte por encima de ti mismo: léete objetivamente, no te dejes arrastrar ni envolver por el curso de tus sentimientos. Para escribir hay que pensar con la mano también, no sólo con la cabeza y el corazón. - 2.^a, pon en orden sucesivo tus ideas: no incrustes la una en la otra. Hay párrafos tuyos que son confusos a fuerza de tratar cosas totalmente distintas, y que ni siquiera parecen estar escritos en serio. Uno es el orden vital de las ideas, el orden en que ellas se engendran en cada mente (y eso sólo le interesa al psicólogo para sus experiencias), y otro el orden literario de las ideas: el que debe usarse, como un lenguaje o común denominador, cuando lo que queremos es comunicarlas a los demás». A partir de esos consejos directos y cordiales comunicados en una carta del 25 de mayo de 1921, la correspondencia baja de temperatura, hasta reducirse por muchos años a un intercambio de tarjetas formalmente amistosas.

En España, ya en el exilio, visita a José Ortega y Gasset, quien lo recibe en su despacho acompañado de algunos discípulos cercanos. Poco antes de morir, Vasconcelos expresó su decepción ante el encuentro: «No me hizo buena impresión ni yo a él». No podía haber diálogo: el instrumental filosófico del mexicano, un compuesto de vitalismo, energía irracionalista, Bergson, induismo, Schopenhauer; refutaciones a Nietzsche, mesianismo, exaltación dionisiaca, concepciones decimonónicas, extraídas a veces de tratados de segunda clase, de ninguna manera se conciliaba con el discurso filosófico que Ortega se había propuesto introducir en España a través de la Revista de Occidente. En

Buenos Aires, una de sus otrora plazas fuertes, fue considerado por los escritores modernos como figura del todo prescindible, personaje pintoresco, atrabiliario y obsoleto. Sus viejos amigos liberales y socialistas ya no le interesaban y el grupo de Sur, donde se movían como peces en el agua sus compañeros del Ateneo, Reyes y Henríquez Ureña, representaba para él a esa casta de literatos «preocupados por las quisquillas del estilo», a quienes detestaba. Comenzó a recorrer el mundo como un fantasma, y ese sentimiento tiñe vivamente la carga emocional y conceptual que reproducen las memorias.

A medida que se aleja del presente, Ulises criollo adquiere una luminosidad, una pasión y una inocencia que no volverán a aparecer en los siguientes volúmenes. Se trata, de principio a fin, del relato de una educación sentimental y de una múltiple experiencia iniciática. Es la transcripción de la mirada asombrada de un niño que se ocupa en la tarea de conocer y reconocer el mundo, tarea que se renueva en cada uno de los cambios biológicos del personaje. El mundo es real, eso parece cierto, lo que cambia, y ahí se finca uno de los mayores enigmas de este libro formidable, son las percepciones que el autor le atribuye al personaje, al niño, adolescente, joven estudiante, profesionalista con éxito y más tarde revolucionario que fue el autor en tiempos anteriores a la creación del libro. No sólo las opiniones no coinciden sino que a menudo son radicalmente opuestas a las sostenidas por él en cartas, libros, discursos y entrevistas antes de 1929.

La única explicación que se me ocurre es que Ulises criollo pertenece a un género diferente al de los otros tres libros que integran las llamadas Memorias. ¿Es realmente el primer volumen una autobiografía? Ulises criollo aparece normalmente incluido en las recopilaciones de la novela de la Revolución, y en los recuentos literarios se trata al libro de Vasconcelos en la misma sección que incluye a La sombra del caudillo, de Martín Luis Guzmán, y a Los de abajo, de Mariano Azuela. Los historiadores de la literatura y los críticos están en lo cierto. Ulises criollo puede ser una novela cuyo protagonista se llama José Vasconcelos, como el personaje central de En busca del tiempo perdido se llama Marcel. Ambos autores novelan sus circunstancias, su atmósfera, se detienen en el amor a la madre y en otros amores; narran su iniciación en un universo estético, la pasión por Bergson y mil otras circunstancias. De haberse conocido los autores, jamás se habrían tratado, lo más seguro es que se hubieran detestado. Aun sin conocerse, a Vasconcelos le repelía visceralmente la figura y el estilo de Proust. De la misma manera que El camino de Swann es una obra de ficción ligada íntimamente a las circunstancias reales de Proust, sólo que en el libro aparecen estilizadas, deformadas, creadas con la libertad que caracteriza la creación de un novelista, libertad que el historiador o el memorialista no pueden permitirse, en Ulises criollo, el autor mexicano recrea y modela según su voluntad una serie de acontecimientos vividos por

él. El personaje José Vasconcelos hereda del autor José Vasconcelos su temperamento y su visión mesiánica, así como muchas otras circunstancias comunes: fecha de nacimiento, padres y hermanos, viajes por el país y por las ciudades del mundo, una esposa insoportable y una amante llamada Adriana que a diario lo enloquece, estudios y amigos comunes, y una misma Revolución en la que ambos, autor y protagonista, combaten y triunfan para finalmente resultar derrotados. Las circunstancias objetivas podrán ser idénticas, pero el novelista puede permitirse insuflar en su creatura sentimientos, emociones, ideas, filias y fobias radicalmente diferentes a los suyos propios. ¡Para eso se ha hecho la novela! Con el fin de establecer el carácter novelístico de su personaje, Vasconcelos lo hace proferir opiniones que él no sostuvo en la época en que sitúa a su personaje. Para ello, «concibe una teoría del resentimiento social que aplica a sus recuerdos más tempranos», como muy bien señala el argentino Noé Jitrik.

Si algo da unidad al relato es el proceso de construcción de una voluntad y el ejercicio incesante de esa voluntad en la conformación de un destino. «La voluntad puede mover montañas» es el lema del Peer Gynt ibseniano, personaje con el cual en más de una ocasión el propio Vasconcelos se identifica. La aplicación de una energía sobrehumana en la forja de un destino los emparenta. Ambos se conciben como hacedores de un futuro personal fuera de lo normal, donde hasta el azar resulta producto de la propia energía. «El arte de ser capaz de verdaderas hazañas consiste en poseer la libertad de opción en medio de las emboscadas de la vida». Esa declaración de Gynt parece regir la existencia toda de nuestro Ulises, y él la emplea de manera consciente en la organización de sus recuerdos.

Como los personajes de Stendhal, autor a quien detestaba, con la misma intensidad con que despreciaba a Proust, a Flaubert y a Mallarmé, Vasconcelos supo, desde muy temprano, que la voluntad es todo aquello que se opone a la realidad, por más acerada e impenetrable que ésta pretendiera ser. Y en torno a esa convicción construyó su vida. Si la realidad lo vence, su voluntad ignora la derrota. El resultado: una personalidad imprevisible aun para él mismo. Nunca imaginó, por ejemplo, que sus libros autobiográficos redujeran a cenizas, desde el instante de su aparición, el resto de su obra. Su Estética sale a la luz el mismo año que Ulises criollo. Está convencido de que aquel tratado es la culminación de su pensamiento filosófico. Toda su fe está puesta en él y no en Ulises. Sin embargo, el libro autobiográfico convirtió en letra muerta aquel legajo de reflexiones sobre el arte y los mares que lo circundan. No podía ser de otra manera: un egotista de sus dimensiones sólo podía plasmar todos sus poderes en el relato de su existencia.

«La biografía de Vasconcelos –escribe Jorge Cuesta en un artículo publicado poco después de la aparición de Ulises– es la biografía de sus ideas. Este hombre ha tenido ideas que viven, ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que solamente piensan le son indi-

ferentes y hasta odiosas. Ulises criollo es, por esta causa, el libro en que la filosofía de Vasconcelos encuentra su genuina, su auténtica expresión. Aquellos en que la ha expuesto de un modo puramente doctrinal son casi ilegibles», y luego añade: «Tan inconsistente, tan pobre y tan confusa como es su doctrina cuando se la mira pensando, es vigorosa, imponente y fascinadora cuando se la mira viviendo».

En la advertencia inicial a Ulises criollo el autor no sólo aclara las razones del título sino que además avanza un tema que va a convertirse en una constante a lo largo de la tetralogía, y que terminará por constituirse en eje y asumirse en obsesión de todo su quehacer posterior: el criollismo como única zona posible de regeneración de la nación mexicana: «El nombre que se ha dado a la obra entera se explica por su contenido. Un destino cometa, que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra, y el ambiente turbio del México actual, justifican la analogía con la clásica Odisea. Por su parte, el calificativo criollo lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria... El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia, tales son los elementos que han librado combate en el alma de este Ulises criollo lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas».

Ulises criollo recoge la vida del personaje desde sus primeros días hasta el golpe militar de Victoriano Huerta, y los preparativos de Vasconcelos para integrarse una vez más a la acción revolucionaria. Es el relato de una larga marcha, sobre todo hacia el fondo de sí mismo, que parte del estado inmediatamente posnatal, de donde emergen sus más viejos recuerdos, envueltos «en una sensación acariciante y melodiosa, prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico», hasta los momentos de afirmación de una personalidad independiente. La ruptura de ese cordón al que alude tardó en el personaje más tiempo del necesario en producirse, casi todo el que comprenden las páginas del libro. Fueron años marcados por el amor a la madre y la desesperación de la pérdida, por la tentación, a su debido momento, de la carne y la sensación posterior de condena, de abyección, de horror al cuerpo, expiación sólo mitigada por la certidumbre de que la «gloria» lo esperaba en un futuro aún impreciso, años marcados, además, por el deslumbramiento que le produce el conocimiento del país a través de algunos viajes, y también, y tal vez sobre todo, por la incorporación a una vida política que le hace descubrir el agobio de la dictadura porfirista y los caminos para combatirla y derrotarla, lo que definitivamente rompe el cordón que lo afe-

rra a la madre. Todo esto no es sino la vislumbre, el preámbulo, del esplendor al que llegaría más tarde. Esplendor en la acción, en el pensamiento. Y también, esplendor de la carne.

Eso y más alimenta este primer volumen, sugerido como punto de partida y un compás de espera antes de que se presente la revelación fatal, aquella cuyo desarrollo y ejemplificación se convertirá en obsesión al final de las Memorias y que ya no lo abandonará por el resto de su vida: la amarga convicción de que México es un país envilecido e irredimible. En el juego de opciones elaboradas por Sarmiento para nuestro continente, Vasconcelos había apostado con toda la energía de que fue capaz en favor de la civilización y contra la barbarie. Había creído de manera feroz, delirante y mesiánica que la voluntad, la suya en particular, podía mover no sólo las trilladas montañas, sino también a las almas, empresa que resultó mucho más ardua y compleja. Luchó por convertirse en el Quetzalcóatl que había de derrotar para siempre a Huixilopochtli, en el águila que terminaría por fin de devorar a la serpiente. Por supuesto, no lo logró.

Al recrear su pasado cincuenta años después, teniendo a sus espaldas la reciente derrota, encontramos que Ulises, el niño, es consciente ya de que la nación tiene dos enemigos, uno externo: los yanquis, otro interno: los indios. Los primeros recuerdos están situados en Sásabe, algo menos que una aldea enclavada en el desierto de Sonora, punto fronterizo con los Estados Unidos, donde la vida transcurre en permanente temor, ora de los norteamericanos que aparecen sorpresivamente para arriar la bandera mexicana e izar la de las barras y las estrellas, obligando a los mexicanos a replegarse y aceptar la imposición de una nueva línea fronteriza, ora la de los apaches que suelen aparecer de tiempo en tiempo para saquear y destruir los escasos poblados. La única salvación, el puerto, la esperanza, los va a vislumbrar después, al entrar en contacto con la tierra firme, allí donde la presencia hispánica se hace visible.

Al evocar su adolescencia en Campeche, apunta: «En el hermoso jardín tropical todavía la banda convocaba a las familias para las retretas, pero cada día eran menos las bellas de porte lánguido, pálida tez y ojos negros. La casta linda de tipo sensual cedía a los rudos indígenas del interior que en callados grupos escuchaban el concierto a distancia y como si aguardaran el momento de ocupar las casas que abandonaban los blancos». En el universo de Vasconcelos el indio está por doquier, acecha a toda hora. Está a la vuelta de la casa, en la maleza del jardín, bajo las piedras, convertido en liana, en agua, en trueno. Es el atraso, encarnación de sus dioses brutales, es la paciencia artera, el cálculo maligno, el rayo y el castigo. «Dentro de Durango y en las principales cabeceras de los distritos –escribe, más adelante–, la población es criolla, pero apenas se sale de los límites urbanos, el indio aparece en condiciones semejantes a las que guardaban en tiempos de los aztecas. Es por falta de ánimo y de sistema que perdura el indio

en su atraso». El tono se vuelve casi frenético en los últimos volúmenes. Sobre los descubrimientos arqueológicos en Uxmal y en Chichén Itzá llevados a cabo durante el período en que fue titular de la Secretaría de Educación, asienta años después: «Según avanza la piqueta del desenterrador van apareciendo año tras año prodigios nuevos; pero todo es uniformemente bárbaro, cruel y grotesco. Ningún sentido de belleza; en el decorado, simple labor paleográfica. Como no tuvieron alfabeto eficaz, usaron el dibujo y el relieve como lenguaje, lo que fuerza y aleja la línea de su desarrollo musical desinteresado, que es la esencia del arte. Decoración utilitaria que, por lo mismo, no nos causa emoción estética alguna; sólo el asombro de los tanteos y aberraciones del alma humana». Llegó a detestar a los arqueólogos, a los estudiosos de cualquier aspecto de las culturas prehispánicas. «Canallitas» al servicio de los intereses yanquis para disminuir la huella de la cultura europea en el continente, fruto de un mestizaje aborrecible, resultado del cruce de dos razas detestables entre las detestables: la india y la judía.

«El vigor de la raza en Veracruz y Campeche se había reblandecido tanto que permitió que indios y negros se sumaran a la savia de Europa», afirma en el mismo libro, donde también reserva un viaje a Oaxaca y la visita que hace allí a dos ancianas hermanas de su madre. Le dolió «la suerte de aquellas viejecitas, despojo de una generación agotada por su propio esfuerzo creador y al fin vencida por el medio inclemente, absorbida por razas notoriamente inferiores». En la decadencia de aquellas ancianas advierte «todo el drama de la derrota del blanco de raza española sustituido gradualmente por el mestizo y amenazado por el retorno de lo indígena».

Es demasiado, lo sé. Sin embargo, Vasconcelos nunca emitió esas sinrazones en la época en que las sitúa en su autobiografía. La prueba mayor nos la ofrece su obra. En 1920, en Estudios indostánicos afirma rotundamente que sólo las razas mestizas eran capaces de grandes creaciones; en 1925, en La raza cósmica, vislumbró el futuro de la humanidad en la eclosión del mestizaje que conformaba a la América Latina. Esa región del mundo era la depositaria de una nueva energía del espíritu, la que volvía nuevos los antiguos mitos, la que recreaba el espíritu dionisiaco. En 1926, en Indología, una confesión suya refutaba aquel rencor racial que cada vez lo fue ganando con mayor virulencia: «Desgraciadamente –decía– yo no tengo sangre negra, pero cargo una corta porción de sangre indígena y creo que a ella debo una amplitud de sentimiento mayor que la de la mayoría de los blancos y un grano de una cultura que era ya ilustre cuando Europa era aún bárbara».

Ulises criollo es también el registro de una iniciación en el mundo de la cultura, de un trato con las ideas, de una trayectoria espiritual, del camino, en fin, hacia las estrellas. Si en otros temas una concepción puede tener a menudo efectos retroactivos y se hace parecer como válida en períodos anteriores, hubo

uno en que su pensamiento fue coherente siempre, en el desprecio a eso que consideraba como innecesarias florituras del estilo. Comenta al inicio de Ulises que desde que aprendió a leer sólo le preocupó el contenido y no la forma. Esa declaración se convertirá en un principio sin refutación posible, fortalecido por la certeza de que su destino estaba marcado de manera infalible para alcanzar la gloria. «Era evidente que estaba destinado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y se sigue... A los diez años me sentía solo y único y llamado a guiar... Una predisposición temperamental y también el hábito de traducir desde la infancia me ha dejado esta indiferencia e incapacidad para la forma.»

Sobre su pertenencia al grupo de intelectuales que constituyó el Ateneo de la Juventud (Antonio Caso, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri, entre otros), él antepone serias reservas: «Por mi parte nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber como medio de alcance de la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo, tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que sólo es medio e intermedio, y sí toda la vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto... Mis colegas leían, citaban, cotejaban por el solo amor del saber, yo egoístamente atisbaba en cada conocimiento, en cada información, el material útil para organizar un concepto del ser en su totalidad. Usando una expresión botánica muy en voga en nuestro medio, tomaba de la crítica únicamente lo que podía contribuir a la eclosión de mi personalidad. Yo mismo era brote inmerso en los elementos y ansioso de florecer». Credo que equivale a llevar con arrogante placer una pesada piedra atada al cuello. Las limitaciones de sus textos filosóficos y sus ensayos literarios provienen de esa permanente ceguera de la que se enorgullecía. No hay nunca en él una actitud desinteresada, contemplativa, hacia el lenguaje, ni siquiera hacia las ideas. Tampoco hay emoción ni sorpresa ante el hallazgo literario. Hay más bien algo que se parece al atropello en ese desdén por la forma, en el no reconocimiento del valor intrínseco de la palabra o el pensamiento, y en cambio sí una vocación manifiesta a utilizar cualquier elemento que le permita alcanzar poderío, salvación y gloria. «Por contagio del ambiente literatesco me metí a la tarea ingrata de escribir descripciones de cada una de esas danzas (las de Isadora Duncan). Leía esos trozos en el Ateneo y resultaban pobres, defectuosos de estilo. No revelaban lo que había querido poner dentro de la trama verbal. No me hubiera bastado ninguna literatura para una composición en la que yo vertía las resonancias del Cosmos. Hubo uno que dijo: “Tu asunto requeriría el estilo de Mallarmé”. Imposible convencerlos de que un Pater, un Mallarmé, intérpretes de decadencias, no pueden con el peso de una visión nueva, vigorosa y cabal del mundo. No era estilo lo que me faltaba, sino precisión, claridad de concepto. Pues mi concepto resultaba de tal magnitud que al desenvolverse crearía un estilo, construiría su propia arquitectura. En desqui-

te pensaba: estos colegas míos literatos van a salirme un día con que los fragmentos de Pitágoras necesitan el retoque de algún Flaubert... Muchos de ellos fueron avanzados de los que hoy desdeñan a Balzac por sus descuidos de forma, y, en cambio, soportan necedades de Gide o de Proust, como que eternamente los profesionales del estilo ignoran el ritmo del relámpago de los mensajes que contienen espíritu».

Vasconcelos se enamora de sus carencias, se obceca en ellas. Ese tipo de personalidades por lo general trata de imponer sus concepciones a los demás. Sin embargo, a él de ninguna manera le estorbaron para realizar el programa de cultura que delineó y llevó a cabo cuando fue designado Secretario de Educación. Un programa que, sin eufemismos, puede uno considerar como titánico. Por sólo ese período de prodigios podría su nombre pasar a la historia. Cierta prensa norteamericana y todos los grupos conservadores del país lo acusaron de aplicar un programa educativo y cultural soviético, de corte bolchevique, para desacreditarlo. La brillante reforma educativa y el renacimiento cultural que emprendió estuvieron siempre, en su momento, y aun durante muchos años después, cercados por la incompreensión, minados por la suspicacia, la envidia y el recelo de los mediocres. Sin embargo, se impuso su energía. Para lograrlo, se rodeó de todos los escritores de talento del país, igual los comprometidos con sus ideales educativos que los empeñados en el culto de la forma, así como de músicos, pintores y arquitectos de todas las edades y tendencias, aun de aquellas que admitía no comprender, o que abiertamente no compartía. En ese sentido fue absolutamente ecuménico. Con él se iniciaron casi todos los escritores que conformaron nuestra vanguardia literaria, y se pintaron, ante el pasmo horrorizado de la gente de razón, los primeros murales. Llamó a todos los artistas a colaborar con él y no los convirtió en burócratas. Y ya en sí eso es un milagro.

Se ha escrito ampliamente sobre la Cruzada educativa y cultural de Vasconcelos. Me conformo con citar unas líneas de Daniel Cosío Villegas, un intelectual a quien caracterizaba el escepticismo, y hasta cierta frialdad ante sus pares: «Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y a escribir al prójimo, entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne...».

Ulises criollo cubre los treinta y tres primeros años del autor. Lo cierra el asesinato de Francisco Madero. Durante largos años el trato con las mujeres y el trato con las ideas le habían resultado incómodos, incompletos. Mucho más difícil, sin embargo, le era prescindir de ellas. El comercio con las primeras se manchaba con posteriores sentimientos de abyección. El trato con las ideas se le

había presentado hasta entonces sólo como un revulsivo necesario para deshacerse del pensamiento positivista que impregnaba la época. Parecería que todo lo vivido, de la niñez al fin de los estudios universitarios, estuviese a la espera de algo que lo unificara. La concordia sólo se daría en él con la Revolución: el acercamiento a Madero, la actividad en la campaña antirreeleccionista, la victoria sobre el porfirismo, el amanecer de un México nuevo, y, al final, la primera derrota. Ese período de actividad política alcanza en el libro un resplandor, un aura de epifanía inigualables en nuestra literatura. Allí se vislumbra al fin la buscada armonía. Todos los hilos tienden a la unidad del ser: el triunfo de la carne, libre ya de agonías y recriminaciones, el éxito político, el vínculo cósmico. «Por mucho que sorprenda y siga sorprendiendo –dice Cuesta–, y por incomprensibles que sean las causas que lo motivaron, el pensamiento de Vasconcelos aparece tan íntimamente ligado al movimiento revolucionario, que no es posible considerar al uno separado del otro.»

Han pasado treinta y cinco años desde la muerte de Vasconcelos. En los últimos de su vida fue una especie de sombra de sí mismo. De su pensamiento filosófico queda poca huella: sus batallas, su cólera, sus contradicciones, sus imprevisibles cambios de bandera han dejado de avivar las pasiones. Queda de él, sobre todo, el testimonio de una insumisión. El ejemplo de una individualidad que se resistió a cualquier regla impuesta desde el exterior. Queda una espléndida fe de carbonero que vislumbró la salvación por el espíritu y que convirtió el libro en su instrumento predilecto. Queda el esplendor de su prosa, que ilumina todo Ulises criollo y muchos fragmentos en los otros libros de memorias. Queda la imagen de un hombre que al querer salvarlo todo se pierde por entero. Queda el recuerdo de su energía redentora. Y todo eso, en un mundo donde la sumisión ha sido regla, nunca se lo acabaremos de agradecer suficientemente.